

**11 de octubre de 2026 – 28º Domingo del Tiempo
Ordinario (Ciclo A)**

Is 25,6–10a; Flp 4,12–14.19–20; Mt 22,1–14 (o 22,1–10)

INTRODUCCIÓN

Hay momentos en la vida en los que las personas comienzan a sentir que los mejores días ya quedaron atrás. La edad, la enfermedad, las decepciones, los fracasos, la soledad o el duelo pueden convencernos silenciosamente de que la vida solo se va estrechando y apagando. Sin embargo, las lecturas de hoy proclaman exactamente lo contrario: con Dios, el futuro nunca está vacío. La montaña no ha quedado detrás de nosotros; todavía está delante. El profeta Isaías nos ofrece una magnífica visión de Dios preparando un banquete para todos los pueblos: una fiesta de alegría, comunión y vida eterna. Jesús continúa la misma imagen en el Evangelio, comparando el Reino de los Cielos con un banquete de bodas al que todos son invitados. El deseo de Dios no es la exclusión, sino la celebración; no la desesperanza, sino la comunión.

Sin embargo, el Evangelio también nos advierte que muchos se distraen demasiado para responder a la invitación de Dios. Las carreras profesionales, las preocupaciones, las posesiones, las rutinas y las interminables distracciones pueden ocupar lentamente nuestro corazón de tal manera que olvidamos el propósito más profundo de la vida: la comunión con Dios y con los demás.

Hoy el Señor vuelve a reunirnos en su mesa. Pero antes de acercarnos a este banquete eucarístico, reconozcamos las veces en que ignoramos su invitación, resistimos su gracia o dejamos de vestirnos con el traje de amor, misericordia y compasión.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú nos invitas al banquete de tu Reino, pero con frecuencia estamos demasiado ocupados para ti.

Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú acoges a los pobres, a los heridos y a los pecadores en tu mesa, pero nosotros no siempre hemos acogido a los demás con compasión. Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos revestiste con tu vida en el Bautismo, pero no siempre hemos vivido como discípulos fieles tuyos. Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso, que nos invita al banquete de bodas de su Hijo, perdone nuestros pecados, nos fortalezca con su misericordia, nos revista nuevamente con el traje de la gracia y nos lleve a la vida eterna. Amén.

INVITACIÓN AL GLORIA

Porque Dios prepara para su pueblo no un futuro de desesperanza, sino un banquete de alegría y de vida, elevemos ahora nuestras voces en alabanza mientras cantamos juntos:

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que nunca dejas de invitar a tu pueblo al banquete de bodas de tu Reino,
llena nuestros corazones de esperanza y gratitud,
para que, fortalecidos por la presencia de tu Hijo,
no nos dejemos distraer por las cosas pasajeras,

sino que busquemos ante todo la alegría de la comunión contigo. Enséñanos a vestir cada día el traje del amor, la misericordia y la fidelidad, mientras caminamos hacia el banquete eterno que has preparado para tus hijos.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un hombre visitó una vez a una anciana que ya no podía asistir a la iglesia debido a su fragilidad. Mientras conversaban, ella suspiró y dijo: “Cuando se llega a cierta edad, uno siente que la montaña ha quedado detrás. Ahora la vida solo va cuesta abajo”. Luego abrió un viejo álbum de fotografías y mostró imágenes de la celebración de su cumpleaños número cincuenta. Sus ojos brillaron por un momento al recordar las risas, los bailes, las mesas llenas y la alegría de estar rodeada de familiares y amigos. Pero después aquel brillo desapareció. “Ahora”, dijo en voz baja, “¿qué nos queda esperar de la vida?”

Esa pregunta toca algo muy profundo en todos nosotros. Seamos jóvenes o ancianos, sanos o enfermos, exitosos o luchando con dificultades, hay momentos en los que nos preguntamos: ¿Qué me espera todavía? ¿Hay realmente algo más?

Las lecturas de hoy responden con un rotundo sí. Según el profeta Isaías, la montaña no está detrás de nosotros; todavía está delante. Sobre esa montaña, Dios mismo prepara un banquete para todos los pueblos: “un festín de manjares succulentos y vinos exquisitos”. No es simplemente una comida. Es una imagen de plenitud, alegría, comunión y vida eterna. Dios no prepara un funeral para la humanidad. Prepara un banquete de bodas.

Esta imagen del banquete atraviesa todas las lecturas de hoy. El Salmo 23 habla del Señor que prepara una mesa para nosotros. Jesús, en el Evangelio, compara el Reino de los Cielos con un rey que celebra las bodas de su hijo. Una y otra vez la Escritura nos dice: nuestro destino final no es el vacío, sino la comunión; no el aislamiento, sino la

celebración; no la desesperanza, sino la alegría.

Cuando las familias se reúnen para preparar la Misa de funeral de un ser querido, con frecuencia eligen esta lectura de Isaías porque habla directamente al dolor. Nos dice que la muerte no tiene la última palabra. “Destruirá la muerte para siempre. El Señor Dios enjugará las lágrimas de todos los rostros”. Qué imagen tan tierna: Dios mismo secando nuestras lágrimas como un padre amoroso que consuela a su hijo.

Y, sin embargo, muchas personas viven como si la invitación al banquete de Dios no tuviera importancia. En la parábola de Jesús, el rey envía invitaciones, pero los invitados están demasiado ocupados. Uno se va a su campo. Otro a sus negocios. Otros simplemente ignoran la invitación.

La tragedia no es que estas personas fueran malas. Sus campos y negocios no eran cosas malas. La tragedia es que las cosas secundarias llegaron a ser más importantes que la cosa más importante. Se ocuparon tanto de ganarse la vida que olvidaron cómo vivir.

Ese sigue siendo nuestro peligro hoy.

Llenamos nuestras agendas, perseguimos el éxito, administramos nuestras finanzas, construimos carreras profesionales, pasamos horas deslizándonos entre distracciones interminables y, a veces, olvidamos la invitación más profunda que Dios nos hace cada día: “Ven al banquete. Ven a la comunión conmigo. Ven a la alegría”.

Un sacerdote contó una antigua costumbre de una región rural de Alemania. Antes de una boda, un mensajero conocido como el “invitador de los huéspedes” recorría las granjas invitando personalmente a las personas a la celebración. Vestido con cintas de colores y adornos festivos, anunciaba con alegría: “¡Todo está preparado! ¡Vengan al banquete de bodas!”

Eso es exactamente lo que Jesús hace en el Evangelio. Él es el mensajero de Dios que invita a la humanidad al banquete de la vida divina. Y, a diferencia de las invitaciones humanas, esta no es solo para los respetables

o los exitosos. Cuando los primeros invitados rechazan la invitación, el rey ordena: “Salgan a los caminos y cruceros. Inviten a todos los que encuentren”.

El Reino está lleno de personas inesperadas: pecadores, publicanos, heridos, olvidados, pobres de espíritu y todos aquellos que reconocen su necesidad de misericordia. A veces, quienes parecen más cercanos a la religión son precisamente los que rechazan la alegría, mientras que quienes están en los márgenes entran al banquete con gratitud y asombro.

Lo vemos repetidamente en el Evangelio. Jesús siempre reúne a su alrededor a personas sencillas y heridas que tienen hambre de vida.

San Pablo, en la segunda lectura de hoy, es una de ellas. Escribe desde la prisión, sin saber si vivirá o morirá. Sin embargo, su carta irradia libertad y alegría. Dice algo sorprendente: “Todo lo puedo en Aquel que me fortalece”.

Pablo había descubierto algo que muchos nunca llegan a aprender: la seguridad más profunda de la vida no proviene de las posesiones, de la salud o de las circunstancias. Proviene de estar arraigados en Cristo.

Una mujer decía que su versículo favorito de la Escritura era precisamente esta frase de san Pablo: “Todo lo puedo en Aquel que me fortalece”. Lo repetía en los momentos de lucha y sufrimiento. Le daba valor porque creía que Cristo no era solamente una figura del pasado, sino una presencia viva que la acompañaba.

Pablo tenía muy poco según los criterios del mundo cuando escribió a los filipenses. Estaba sentado en una celda. Sin embargo, interiormente era más libre que muchas personas ricas. Podía soportar la pobreza sin desesperarse y la abundancia sin apegarse a ella, porque su corazón pertenecía a Cristo.

Esa libertad es desesperadamente necesaria hoy. Nuestra cultura suele enseñarnos que nuestro valor depende de lo que poseemos. “Si tienes algo, entonces eres alguien”.

Pero Pablo nos recuerda que nuestra dignidad no proviene de lo que tenemos, sino de Aquel a quien pertenecemos.

Hay otro hermoso detalle en el Evangelio de hoy. Un invitado llega sin el traje de boda. Ese traje simboliza una vida transformada por la gracia. Dios invita gratuitamente a todos, pero su invitación está destinada a cambiarnos. Estamos llamados no solo a asistir al banquete, sino a convertirnos en personas de amor, misericordia, compasión y generosidad.

En el Bautismo fuimos revestidos de Cristo. Cada día se nos pide volver a “ponernos” ese traje mediante el perdón, el servicio, el aliento, la acogida y el amor.

El cristianismo alegre nunca es egoísta. Quienes experimentan verdaderamente la hospitalidad de Dios comienzan a compartirla con los demás.

Existe una historia conmovedora de las devastadoras inundaciones que afectaron Europa hace algunos años. Un periodista entrevistó a un hombre que estaba delante

de su casa destruida. Había perdido su negocio. Había perdido sus pertenencias. Prácticamente todo había sido arrastrado por las aguas. Sin embargo, el hombre dijo serenamente: “No nos queda nada... pero tengo curiosidad por ver cómo Dios nos conducirá a través de esto”.

Eso es la fe. No es negar el sufrimiento. No es fingir que todo es fácil. Es confiar en que, incluso en medio de la pérdida, Dios sigue siendo fiel.

La Eucaristía que celebramos hoy es ya un anticipo de ese banquete celestial que describe Isaías. Aquí el Señor nos reúne alrededor de su mesa. Aquí nos alimenta no solo con pan y vino, sino con su propia vida. Aquí fortalece a los cansados, consuela a los afligidos, perdona a los pecadores y nos recuerda que la historia todavía no ha terminado.

A veces las personas dicen: “Puedo rezar solo. Puedo ver la Misa por internet”. Por supuesto, la oración es importante en todas partes. Pero hay algo único en el encuentro personal con Cristo en la Eucaristía. Ver un

banquete desde lejos no es lo mismo que sentarse a la mesa.

Un anciano moribundo recibía regularmente la Sagrada Comunión en su casa. Sufría muchísimo, pero cada vez que recibía la Eucaristía, su rostro se iluminaba de paz. Poco antes de Navidad le dijo al sacerdote: “Esta Navidad, Jesús me llevará a casa”. No hablaba con miedo, sino con esperanza. Para él, el banquete ya estaba comenzando.

Y así, hoy el Señor vuelve a enviar su invitación. No solo a los perfectos, sino a todos nosotros: personas cansadas, distraídas, heridas y en búsqueda. La invitación sigue vigente: “Todo está preparado. Vengan al banquete de bodas”.

Permítanme terminar con otra historia. Un maestro preguntó a un grupo de niños cómo imaginaban el cielo. Uno de ellos respondió: “Creo que el cielo será como regresar a casa después de un viaje muy largo y descubrir que alguien ha estado esperándote todo el tiempo”.

Eso es exactamente lo que proclaman las lecturas de hoy. Al final de todos nuestros caminos, luchas, temores y lágrimas, descubriremos no a un juez airado deseoso de condenarnos, sino a un Padre amoroso esperando para darnos la bienvenida al banquete que nunca termina.

Y cuando llegue ese día, finalmente comprenderemos que la montaña nunca estuvo detrás de nosotros. Lo mejor siempre estaba por delante. Amén.

INVITACIÓN AL CREDO

Unidos en la fe que nos da esperanza y nos conduce hacia el banquete eterno del Reino de Dios, profesemos ahora juntos nuestra fe.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que este sacrificio, por medio del cual el Señor nos reúne alrededor de su mesa y nos fortalece para el camino hacia su banquete celestial, sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, recibe estos dones ofrecidos por tu pueblo y concede que, alimentados con el Pan de Vida y el Cáliz de la Salvación, aprendamos a buscar no solo las cosas que pasan, sino la alegría duradera que se encuentra en la comunión contigo.

Que esta Eucaristía transforme nuestros corazones, para que podamos acoger a los demás con la misma misericordia y generosidad con que tú nos has acogido. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno. Porque en tu inmenso amor has preparado para tu pueblo el banquete eterno de tu Reino. Cuando la humanidad se alejó de ti, tu Hijo Jesucristo vino entre nosotros como mensajero de tu invitación, llamando a los cansados, a los pobres, a los heridos y a los pecadores al banquete

de la reconciliación y de la paz.

En Él fortaleces a los débiles, consuelas a los afligidos y das esperanza a todos los que confían en tu misericordia. Por su Muerte y Resurrección destruiste la muerte para siempre y nos abriste el camino hacia la alegría eterna. Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles, con los Tronos y Dominaciones, y con todos los coros celestiales, cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar: **Santo, Santo, Santo...**

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir con confianza al Padre que espera recibir a sus hijos en el banquete que nunca termina:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor, y concédenos la paz en nuestros días, para que, ayudados por tu misericordia, nunca perdamos la esperanza en medio de las pruebas y cargas de la vida, sino que caminemos con confianza

hacia el gozoso banquete de tu Reino, donde toda lágrima será enjugada y la muerte ya no existirá, mientras esperamos la gloriosa Venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú reúnes a tu pueblo alrededor de una sola mesa y nos llamas a la comunión de tu Reino; no tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia, y concédele la paz y la unidad, conforme a tu voluntad. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, que invita a los cansados, a los heridos y a los pecadores al banquete de bodas de la vida eterna. Dichosos los invitados a la Cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Hoy el Señor nos ha permitido no solo escuchar acerca del banquete celestial, sino también gustarlo anticipadamente. En esta Eucaristía, Cristo mismo ha venido para fortalecer

a los débiles, consolar a los afligidos y renovar a quienes esperan con fe. El mundo suele decirnos que nuestro valor depende de lo que poseemos, logramos o controlamos. Pero en esta mesa se nos recuerda que nuestra dignidad más profunda proviene de pertenecer a Cristo.

La Eucaristía es la silenciosa garantía de Dios de que la historia todavía no ha terminado. Incluso en medio del sufrimiento, de la incertidumbre o de la pérdida, el Señor continúa preparando para nosotros un futuro lleno de vida y comunión. Lo mejor aún está por venir, porque Dios mismo nos espera.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que tus santos dones, Señor,
que hemos recibido en este sagrado banquete,
nos fortalezcan con la alegría y la esperanza de tu Reino.
Ayúdanos a vivir como personas revestidas de Cristo,
compartiendo tu misericordia, generosidad y compasión
con los demás, hasta el día en que nos recibas
plenamente en el banquete eterno preparado para tu
pueblo. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor, que los ha invitado al banquete de su Reino,
llene sus corazones de esperanza duradera. Amén.

Que los fortalezca en los momentos de lucha,
los libre del miedo y del desaliento,
y los ayude a caminar siempre en la alegría de Cristo.
Amén.

Y que la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y
Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca
para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con sus vidas, y no
olviden nunca que el Señor continúa diciéndoles cada día:
“Todo está preparado. Vengan al banquete de bodas.”

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

La montaña no está detrás de nosotros. Para quienes
caminan con Cristo, lo mejor siempre está todavía por
delante.

12 de octubre de 2026 – Lunes de la 28.^a Semana del Tiempo Ordinario

Gal 4,22-24.26-27.31–5,1; Lc 11,29-32

«Algo más grande ya está aquí, si tan solo tenemos ojos para verlo.»

INTRODUCCIÓN

Una vez, un hombre pasó años ahorrando para hacer un viaje y contemplar una de las obras de arte más famosas del mundo. Cuando finalmente estuvo delante de ella, la miró por unos segundos, tomó una fotografía rápida y siguió su camino. Más tarde confesó: «Esperaba algo más». Había viajado muy lejos y, sin embargo, no supo apreciar la belleza que tenía delante.

Hay algo en nosotros que anhela lo extraordinario. Con frecuencia esperamos que Dios se manifieste de maneras impresionantes e inconfundibles y, precisamente por eso, podemos dejar de notar las formas sencillas y silenciosas en las que Él ya está presente.

En el Evangelio de hoy, Jesús habla a personas que continúan pidiendo señales, mientras que la señal más grande de todas está delante de ellas. Dios ya está en medio de su pueblo, hablando y actuando en Jesús, pero muchos no logran reconocerlo.

Al reunirnos alrededor de este altar, pidamos al Señor que abra una vez más nuestros ojos y nuestros corazones. Reconozcamos las veces en que hemos pasado por alto su presencia en nuestra vida cotidiana y preparémonos así para celebrar estos santos misterios.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, vienes a nosotros de maneras silenciosas y ocultas, y muchas veces no sabemos reconocerte: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, eres más grande que cualquier señal que busquemos, y sin embargo buscamos en otros lugares el sentido y la esperanza: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, permaneces presente entre nosotros en tu Palabra, en tu pueblo y en la Eucaristía, pero la costumbre nos vuelve indiferentes: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso abra nuestros ojos para reconocer su presencia entre nosotros, perdone las veces en que hemos pasado por alto su gracia y hemos ignorado su invitación, y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que enviaste a tu Hijo al mundo como plenitud de tu sabiduría y de tu amor; concédenos que, liberados por la gracia de Cristo, sepamos reconocer tu presencia en los momentos ordinarios de la vida y recibamos con corazones fieles la salvación que ya has puesto delante de nosotros. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un anciano campesino vivía junto a un manantial de agua cristalina. Cada día recogía agua de allí para su familia. Como veía aquel manantial todos los días, dejó de darle

importancia. Sin embargo, los viajeros que pasaban por la zona quedaban maravillados por la pureza y la frescura de aquella agua. Un día, uno de ellos le dijo: «Tienes un tesoro delante de tu casa». Solo entonces el campesino comprendió que se había acostumbrado tanto a aquel regalo que ya no lo valoraba.

En el Evangelio de hoy, Jesús se encuentra ante una multitud que mira, pero en realidad no ve. Le piden una señal, algo espectacular que demuestre quién es. Pero Jesús los remite al pasado: los habitantes de Nínive escucharon la predicación de Jonás y se convirtieron; la reina del Sur recorrió una gran distancia para escuchar la sabiduría de Salomón. Y entonces Jesús declara: «Aquí hay alguien más grande». Sin embargo, muchos permanecen indiferentes.

Esta es la tensión que encontramos en el corazón del Evangelio: algo más grande ya está aquí, si tan solo tenemos ojos para verlo. Las personas que rodeaban a Jesús esperaban que Dios actuara de manera

extraordinaria y espectacular. Pero Dios había elegido venir con sencillez: en el hijo de un carpintero, en palabras simples, en encuentros cotidianos.

Podemos comprender su dificultad. También nosotros nos sentimos atraídos por lo extraordinario. Podemos pensar que, si Dios está realmente presente, debería ser algo evidente, impresionante e imposible de ignorar. Sin embargo, el modo de actuar de Dios, especialmente en Jesús, es diferente. Dios obra de manera silenciosa y suave, muchas veces a través del tejido ordinario de la vida diaria.

Jesús sanó a los enfermos, acogió a los excluidos, compartió la mesa con los pecadores y contó historias sencillas sobre semillas, campos y familias. Nada parecía espectacular desde fuera, pero todo revelaba profundamente el amor de Dios. Para quienes tenían el corazón abierto, aquellas eran señales más grandes que Jonás y más grandes que Salomón.

San Pablo, en la primera lectura, nos recuerda que hemos sido llamados a la libertad en Cristo. Pero esta libertad no consiste en perseguir señales extraordinarias. Consiste en reconocer y responder al don que ya se nos ha dado: el Hijo de Dios presente entre nosotros. Nuestra libertad crece cuando aprendemos a ver correctamente.

También hay una advertencia silenciosa en el Evangelio de hoy. Es posible estar muy cerca de Jesús y aun así no reconocerlo. Sus contemporáneos escucharon su voz, vieron sus obras y, sin embargo, no comprendieron quién era realmente. La familiaridad puede adormecer nuestra sensibilidad espiritual. Podemos acostumbrarnos tanto al lenguaje de la fe, a los ritos e incluso a la Eucaristía, que dejamos de contemplar verdaderamente el misterio que tenemos delante.

Y, sin embargo, la invitación sigue abierta. Nosotros tenemos un privilegio especial: contemplamos toda la historia de Jesús a la luz de la Resurrección. Sabemos que quien estaba delante de aquella multitud no era

simplemente un profeta ni un maestro sabio, sino el Hijo de Dios. La cuestión no es si Dios continúa dándonos señales; la cuestión es si estamos dispuestos a reconocerlas.

Muchas veces el Señor se hace presente en una palabra de consuelo, en una persona que nos ayuda cuando más lo necesitamos, en una reconciliación inesperada, en la paz que experimentamos después de una oración sincera o en la fuerza para seguir adelante en medio de las dificultades. Son signos sencillos, pero profundamente reales.

A veces las señales más grandes son precisamente aquellas que casi pasamos por alto, hasta que aprendemos a mirar con los ojos de la fe. Que el Señor nos conceda esa gracia: reconocerlo presente en nuestra vida cotidiana, descubrirlo en los pequeños acontecimientos de cada día y acoger con gratitud el don de su amor. Amén.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas,
para que estos dones que presentamos al Señor
y la apertura de nuestros corazones para reconocer su
presencia entre nosotros
sean agradables a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, acepta los dones que colocamos sobre tu altar
y enséñanos a reconocer en estos sencillos signos de pan
y vino la presencia salvadora de tu Hijo.
Que este sacrificio profundice nuestra libertad en Cristo
y abra nuestros ojos a tu gracia que actúa en nuestra vida.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno,
por Cristo, Señor nuestro.

Porque en Él nos revelaste no simplemente una señal entre muchas, sino la plenitud de tu misericordia y de tu verdad.

Cuando la humanidad buscaba prodigios y grandeza, tú elegiste venir a nosotros con humildad y sencillez.

En las palabras de Jesús,
en su compasión por los pobres y olvidados,
en su presencia sanadora y en su amor entregado,
mostraste al mundo el rostro de tu poder salvador.
Por su Muerte y Resurrección nuestros ojos han sido abiertos para reconocer tu presencia en medio de nosotros, y por la Eucaristía
Él permanece aún con nosotros.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles,
con los Tronos y las Dominaciones,
y con todos los coros celestiales,
cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar:

Santo, Santo, Santo es el Señor...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males
y líbranos también de la ceguera que nos impide
reconocer tu presencia entre nosotros.
Concédenos la paz en nuestros días, para que, ayudados
por tu misericordia, vivamos siempre libres de pecado
y protegidos de toda perturbación,
mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, que viniste a tu pueblo como la mayor
señal del amor del Padre, pero con humildad y paz;
no tengas en cuenta nuestros pecados,
sino la fe de tu Iglesia, y concédele la paz y la unidad
conforme a tu voluntad.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, este es Aquel que ya está presente entre nosotros, revelándonos silenciosamente la misericordia y el amor del Padre.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, muchas veces pedimos señales más grandes, mientras dejamos de notar la gracia que ya nos has concedido.

En esta Eucaristía has venido nuevamente a nosotros, no con espectáculo ni grandeza exterior, sino con el don silencioso de ti mismo.

Abre nuestros ojos para reconocerte en la vida diaria, en los gestos de bondad, en tu Palabra y en nuestros hermanos y hermanas.

Que nunca lleguemos a acostumbrarnos tanto a tu presencia que dejemos de maravillarnos ante ella.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Concédenos, Señor, que esta santa comunión agudice nuestra visión espiritual, para que reconozcamos a tu Hijo presente entre nosotros y lo sigamos fielmente en la libertad y en el amor. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor abra sus ojos para reconocer su presencia en los momentos ordinarios de la vida. Amén.

Que Cristo, la señal más grande del amor del Padre, los fortalezca para caminar en libertad y en la fe. Amén.

Y que la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor al reconocer su presencia en las personas y en los momentos que encuentren cada día.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

El problema muchas veces no es que Dios esté ausente, sino que nosotros no sabemos reconocerlo.

«Algo más grande ya está aquí»: en Cristo, en la Eucaristía, en los sencillos actos de amor y en los momentos ordinarios de la vida.

La oración de la fe no es solamente: «Señor, muéstrame una señal», sino también: «Señor, abre mis ojos para verte».

13 de octubre de 2026 – Martes de la 28.ª Semana del Tiempo Ordinario

Gal 5,1–6; Lc 11,37–41

De las apariencias pulidas a los corazones purificados

Queridos hermanos y hermanas:

INTRODUCCIÓN

Existe un antiguo dicho que afirma que “no todo lo que brilla es oro”. Vivimos en un mundo que con frecuencia concede mucha importancia a las apariencias: imágenes impecables, impresiones cuidadosamente construidas y éxitos visibles. Sin embargo, debajo de la superficie, muchos corazones llevan cargas, luchas y heridas ocultas. Dios, en cambio, ve más allá de las apariencias. Él mira el corazón.

En el Evangelio de hoy, Jesús cuestiona a quienes estaban más preocupados por la pureza ritual que por la conversión interior. Nos recuerda que la observancia externa, por sí sola, no es suficiente. Una vida agradable a Dios debe brotar de un corazón moldeado por el amor, la misericordia y la sinceridad.

También san Pablo nos recuerda que lo que verdaderamente importa es “la fe que actúa por la caridad”. La fe no es simplemente algo que mostramos exteriormente; es una realidad que transforma nuestra manera de pensar, de hablar y de tratar a los demás, especialmente a los pobres y olvidados.

Al reunirnos alrededor de este altar, permitamos que el Señor limpie lo que está escondido dentro de nosotros, purifique nuestras intenciones y renueve nuestros corazones con su misericordia. Y así, reconociendo nuestros pecados, preparémonos para celebrar estos santos misterios.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú miras más allá de las apariencias y escrutas lo más profundo de nuestros corazones:

Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú nos llamas a una fe que actúa por medio del amor y la generosidad: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, solo tú puedes purificarnos y renovarnos interiormente: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso nos limpie de todo egoísmo e hipocresía, purifique nuestros corazones con el poder de su amor, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que nos enseñas que la fe alcanza su plenitud en el amor, mira con bondad a tu pueblo y purifica nuestros corazones de todo aquello que nos aleja de ti, para que, renovados interiormente por tu gracia, podamos servirte con sinceridad y amarnos unos a otros con corazones generosos.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Se cuenta que una mujer dedicaba mucho tiempo a cuidar las plantas de la entrada de su casa. Las regaba, podaba y mantenía siempre hermosas para que todos las admiraran. Sin embargo, olvidó cuidar un árbol que estaba

en el patio interior. Desde fuera parecía fuerte y saludable, pero sus raíces estaban secas y enfermas. Un día, durante una tormenta, el árbol cayó porque por dentro ya estaba debilitado.

En el Evangelio de hoy encontramos una situación semejante. Jesús es invitado a comer en casa de un fariseo. El anfitrión se sorprende e incluso se inquieta porque Jesús no realiza el lavado ritual de las manos antes de la comida. Era una práctica religiosa visible y apreciada, considerada una señal de fidelidad a la tradición. Pero Jesús aprovecha ese momento para señalar una realidad más profunda: “Ustedes limpian por fuera la copa y el plato, mientras que por dentro están llenos de codicia y maldad”.

Jesús no está rechazando las prácticas externas. Más bien está corrigiendo una prioridad equivocada. Cuando la atención a lo exterior sustituye la preocupación por el corazón, se pierde algo esencial. La religión corre el riesgo de convertirse en una representación externa en lugar de una verdadera transformación interior. La copa puede

verse limpia por fuera, pero su contenido puede contar una historia muy diferente.

Para Jesús, el corazón lo es todo. En el sentido bíblico, el corazón no se refiere solamente a los sentimientos; es el centro de los pensamientos, las decisiones y los deseos. Es el lugar donde elegimos entre la generosidad y el egoísmo, entre la verdad y el engaño, entre el amor y la indiferencia. Y Jesús deja claro que lo que llevamos dentro termina manifestándose en nuestra manera de vivir.

Por eso habla de la limosna. “Den limosna de lo que tienen”, dice. La generosidad no es solo una acción; es una manifestación del corazón. Un corazón orientado hacia los demás, especialmente hacia quienes sufren necesidad, es un corazón que está siendo purificado. Muestra que el amor, y no la avaricia, ocupa el lugar central.

San Pablo expresa la misma verdad en la primera lectura: “Lo que vale es la fe que actúa por la caridad”. No son las señales externas ni los ritos por sí mismos los que tienen el primer lugar, sino una fe viva que se expresa en el

amor. Todo lo demás es secundario. La fe debe hacerse visible en la manera en que tratamos a los demás.

También nosotros podemos reconocernos en estas palabras. Es fácil concentrarse en lo que se ve: hacer las cosas correctas, rezar las oraciones adecuadas, mantener una buena imagen. Pero el Evangelio nos pregunta con suavidad, y a veces con firmeza: ¿qué está ocurriendo dentro de nosotros? ¿Nuestras acciones nacen del amor o están ocultando otra realidad?

La buena noticia es que no estamos solos en esta tarea de purificación. El Señor obra dentro de nosotros. Cuando abrimos nuestro corazón a su presencia, Él inicia una transformación silenciosa: cambia nuestros deseos, suaviza lo que está endurecido y limpia lo que permanece oculto. Con el tiempo, lo interior y lo exterior comienzan a armonizarse.

Una maestra llevó un día a clase dos tazas. Una estaba bellamente decorada, pero su interior estaba sucio. La otra era sencilla y sin adornos, pero estaba completamente limpia. Preguntó a sus alumnos de cuál preferirían beber.

La respuesta fue inmediata. Entonces les dijo: “Así es también la vida. Dios no se deja impresionar por los adornos externos; Él desea un corazón limpio”. Fue una lección sencilla, pero nunca la olvidaron.

Esa es la invitación que el Señor nos hace hoy: pasar de las apariencias pulidas a los corazones purificados, permitiendo que Él no solo mejore nuestra imagen exterior, sino que renueve profundamente todo nuestro ser.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que estos dones que presentamos expresen no solamente una devoción exterior, sino corazones sinceramente vueltos hacia Dios, y sean agradables a Dios Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor y Dios nuestro, acepta estas ofrendas colocadas sobre tu altar y purifícanos interiormente por el misterio que celebramos, para que nuestra fe se haga visible mediante una vida marcada por la caridad, la misericordia y la verdad. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar,

Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque tú no miras solamente las apariencias externas, sino que escrutas con amor lo más profundo del corazón humano.

Una y otra vez llamas a tu pueblo a pasar de una observancia vacía a una conversión sincera,

enseñándonos por medio de tu Hijo

que la fe debe manifestarse en el amor.

En Cristo purificas lo que está herido dentro de nosotros, renuevas lo que el pecado ha deformado

y formas en nosotros corazones capaces de misericordia y generosidad.

Por Él, tu gracia nos transforma desde dentro, para que nuestra vida refleje la santidad que deseas para nosotros.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles,

con los Tronos y Dominaciones, y con todos los coros celestiales, cantamos sin cesar el himno de tu gloria, diciendo: **Santo, Santo, Santo...**

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a pedir la gracia de tener corazones purificados por el amor, diciendo:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males, especialmente de la hipocresía que se esconde dentro de nosotros y del egoísmo que endurece el corazón.

Concédenos la paz en nuestros días, para que, ayudados por tu misericordia, vivamos siempre libres de pecado y protegidos de toda perturbación, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú nos enseñaste que lo que tiene valor ante el Padre es un corazón purificado por el amor y la misericordia: no tengas en cuenta nuestros pecados,

sino la fe de tu Iglesia, y conforme a tu voluntad concédele la paz y la unidad. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, que viene no solo a perdonar nuestros pecados, sino también a renovar y purificar nuestros corazones desde dentro.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, tú conoces los rincones ocultos de nuestro corazón mejor que nosotros mismos.

Tú ves nuestras luchas, nuestras motivaciones mezcladas y las maneras en que intentamos parecer mejores de lo que realmente somos.

Y, sin embargo, no te apartas de nosotros. Al contrario, nos llamas con ternura a una conversión más profunda.

Que esta Eucaristía continúe tu obra dentro de nosotros.

Purifica lo que es egoísta, ablanda lo que está endurecido y fortalece todo lo que es bueno.

Enséñanos a vivir no para las apariencias, sino para el amor. Que nuestra fe se haga visible en la bondad, la generosidad y la compasión hacia los demás.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que estos santos misterios, Señor, realicen en nosotros la sanación y la renovación del corazón que tu Hijo proclamó en el Evangelio, para que, purificados por tu gracia, demos testimonio mediante una vida de fe sincera y de caridad activa. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor, que ve lo más profundo de tu corazón, te limpie de todo aquello que te separa de Él y te llene de un amor sincero y generoso. Amén.

Que Cristo te enseñe a vivir una fe que no se manifieste solamente en acciones externas, sino también en la misericordia, la compasión y la verdad. Amén.

Que el Espíritu Santo te renueve interiormente, para que tu vida refleje cada día la bondad de Dios. Amén.

Y que la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor no solo con palabras y acciones externas, sino con corazones renovados en el amor.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Dios no se deja impresionar únicamente por las apariencias bien cuidadas. Él desea corazones transformados por el amor. La verdadera medida de la fe no es cómo aparecemos ante los demás, sino hasta qué punto permitimos que Cristo nos purifique interiormente y modele nuestra vida mediante la generosidad, la misericordia y la verdad.

14 de octubre de 2026 – Miércoles de la 28.^a Semana del Tiempo Ordinario

Gal 5,18–25; Lc 11,42–46

INTRODUCCIÓN

Había una vez una joven estudiante de violín que temía sus clases semanales. Su profesora era muy estricta, los ejercicios eran repetitivos y cada error era corregido con dureza. Con el paso del tiempo, la música que antes amaba comenzó a parecerle una pesada obligación. Un día, sin embargo, llegó un nuevo profesor. En lugar de comenzar con escalas, le pidió que tocara una melodía sencilla que le gustaba. La fue guiando con paciencia, corrigiéndola, sí, pero siempre animándola. Poco a poco, lo que antes parecía una carga volvió a convertirse en una alegría.

De manera semejante, la fe también puede llegar a sentirse pesada. Las normas, las expectativas e incluso nuestros propios esfuerzos por “hacer todo bien” pueden agobiarnos. Podemos comenzar con entusiasmo, pero en

algún momento algo cambia, y aquello que debería darnos vida empieza a sentirse como una presión.

El Evangelio de hoy nos invita a redescubrir el verdadero corazón de nuestra relación con Dios. Nos recuerda que Dios no quiere que la fe nos aplaste, sino que nos haga libres y nos conduzca a la plenitud de la vida.

Al reunirnos para celebrar esta Eucaristía, preguntémonos con sinceridad: ¿mi fe me da vida o se ha convertido en algo pesado y agotador? Presentando estos momentos ante el Señor, reconozcamos nuestros pecados y pidamos su misericordia y su sanación.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú no viniste para imponernos cargas, sino para conducirnos a la libertad del amor: Señor, ten piedad. Cristo Jesús, tú nos llamas a llevar las cargas los unos de los otros con compasión y paciencia: Cristo, ten piedad. Señor Jesús, tú llenas nuestros corazones con los frutos del Espíritu y nos haces vivir plenamente en ti: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Señor misericordioso nos libere de toda carga de pecado, sane aquello que pesa sobre nuestros corazones y nos conduzca a la gozosa libertad de la vida en el Espíritu; y que Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que deseas que tu pueblo camine no en el temor ni bajo el peso de cargas agobiantes, sino en la libertad de tu Espíritu, enséñanos a vivir con corazones formados por el amor, para que, llevando con compasión las cargas de los demás, reflejemos la mansedumbre y la misericordia de Cristo.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA: DE LAS CARGAS IMPUESTAS A LA VIDA ENTREGADA EN EL AMOR

Había una vez un hombre que llevaba una gran mochila a todas partes. Estaba llena de cosas que pensaba que algún día podría necesitar: herramientas viejas, ropa de repuesto y libros que nunca leía. Con el tiempo, el peso encorvó su espalda y ralentizó sus pasos. Un día, un amigo le preguntó por qué cargaba tanto. “Porque podría necesitarlo”, respondió. Con amabilidad, el amigo le ayudó a vaciar la mochila, dejando solo lo necesario. Por primera vez en muchos años, el hombre caminó libremente.

En el Evangelio de hoy, Jesús se enfrenta a quienes hacían exactamente lo contrario: añadir peso en lugar de quitarlo. Habla con firmeza a los doctores de la ley, acusándolos de cargar a las personas con fardos demasiado pesados para llevar, sin mover un dedo para ayudarlas. La Ley, que debía guiar al pueblo hacia la vida con Dios, se había convertido en una fuente de opresión.

Este contraste es impactante si lo comparamos con quién es Jesús y con lo que él ofrece. En otro momento dice: “Vengan a mí todos los que están cansados y agobiados, y yo los aliviaré”. Jesús no niega que la vida tenga exigencias ni que el discipulado requiera compromiso. Pero sus exigencias no aplastan; son exigencias de amor, exigencias que finalmente liberan en lugar de esclavizar.

San Pablo, en la primera lectura, habla de esta libertad en términos del Espíritu. “Si se dejan guiar por el Espíritu, no están bajo la ley”. No está rechazando la Ley en sí misma, sino señalando algo más profundo: una vida guiada no por presiones externas, sino por una transformación interior. Los frutos del Espíritu —amor, alegría, paz, paciencia— no son cargas; son señales de una vida plenamente viva.

Sin embargo, la tentación sigue presente, incluso hoy, de convertir la fe en un sistema de pesos y cargas. Podemos imponer expectativas a los demás —o a nosotros mismos— que Dios nunca ha impuesto. Podemos preocuparnos más por las apariencias, el reconocimiento o

el control, como aquellos que buscaban los primeros puestos, que por el amor sincero y el servicio generoso.

Jesús dirige nuestra atención hacia lo esencial. El verdadero honor, nos dice, no consiste en ser vistos o alabados, sino en dar gloria a Dios. Cuando nuestra vida apunta más allá de nosotros mismos, cuando nuestras acciones reflejan la bondad de Dios más que nuestra propia importancia, comenzamos a vivir la libertad que Jesús desea para nosotros.

Esto también transforma nuestra manera de relacionarnos con los demás. En lugar de aumentar sus cargas mediante juicios o indiferencia, estamos llamados a ayudarlos a llevarlas. Una palabra amable, un oído dispuesto a escuchar, un pequeño gesto de compasión pueden aliviar más peso del que imaginamos. Vivir el Evangelio significa convertirnos, como Cristo, en una fuente de descanso para los demás.

Al final, nos encontramos ante una pregunta sencilla pero exigente: ¿mi manera de vivir la fe da vida a los demás y a mí mismo, o añade un peso innecesario?

Hay otra historia acerca de una mujer que trabajaba como voluntaria en un refugio para personas necesitadas. Al principio se sentía abrumada por tantas necesidades a su alrededor. Pero, en lugar de intentar resolverlo todo, comenzó de manera sencilla: una conversación, una comida compartida, un momento de presencia junto a alguien. Con el tiempo descubrió algo sorprendente: ya no llevaba sola la carga. La alegría que veía en los demás comenzó a iluminar también su propio corazón. Lo que antes parecía pesado se convirtió en una fuente de vida.

Ese es el camino de Cristo: pasar de las cargas impuestas a la vida entregada en el amor.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que este sacrificio, por el cual Cristo alivia las cargas de nuestro corazón y nos llena de la vida del Espíritu, sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, acepta estos dones que te presentamos y, por el poder de este sacrificio, libranos de todo aquello que nos pesa por el egoísmo y el orgullo. Que esta ofrenda nos fortalezca para servirnos mutuamente con amor, paciencia y compasión, de modo que nuestras vidas se conviertan en signos de tu misericordia en el mundo. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, por Cristo, Señor nuestro.

Porque tú no deseas que tus hijos vivan bajo cargas aplastantes, sino que caminen en la libertad y la alegría del Espíritu Santo.

En tu Hijo nos revelaste un amor que levanta a los cansados, fortalece a los débiles y nos enseña a llevarnos mutuamente con compasión.

Por su vida y su enseñanza, Cristo nos mostró que la verdadera grandeza no se encuentra en los honores ni en las apariencias, sino en el servicio humilde y en el amor generoso.

Y por el Espíritu derramado en nuestros corazones, sigues produciendo en nosotros los frutos de la paz, la paciencia, la bondad y la alegría.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles, con los Tronos y las Dominaciones, y con todos los coros celestiales, cantamos sin cesar el himno de tu gloria:

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir la oración de los hijos de Dios, pidiendo al Padre que nos libere de toda carga que nos impide vivir en la alegría y la libertad de su amor:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor,
y especialmente de las cargas del orgullo, del juicio y del miedo que pesan sobre nuestro corazón.

Concédenos la paz en nuestros días,
para que, ayudados por tu misericordia,
vivamos siempre libres del pecado y protegidos de toda perturbación, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú nunca impusiste cargas aplastantes a quienes acudían a ti, sino que ofreciste descanso a los cansados y esperanza a los desanimados.

Líbranos de los hábitos de juzgar, del orgullo y de la indiferencia que perturban nuestros corazones y dividen a tu pueblo.

Enséñanos a caminar en la libertad de tu Espíritu,
para que, llevando las cargas de los demás con amor,
nos convirtamos en instrumentos de tu paz.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo
y alivia las cargas de todos los que acuden a él con fe.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Jesús, tú no nos impones exigencias que nos aplasten, sino que nos invitas a la libertad del amor.

En esta Eucaristía nos has alimentado con tu propia vida.

Enséñanos ahora a convertirnos en fuente de descanso para los demás: amables al juzgar, generosos en la compassion y alegres en el servicio.

Que los frutos de tu Espíritu crezcan cada día en nosotros,
para que todo lo que llevemos en la vida
esté siempre modelado por el amor.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados con estos santos misterios,
te pedimos, Señor, que por la gracia de este Sacramento
aligères las cargas de nuestro corazón
y nos fortalezcas para caminar en la libertad del Espíritu.
Que nuestras vidas produzcan los frutos del amor, la
alegría y la paz para el bien de todos aquellos con quienes
nos encontremos. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor libere sus corazones de toda carga que les
impida vivir en su paz. Amén.
Que los llene con los frutos del Espíritu Santo,
para que sus vidas lleven ánimo y esperanza a los demás.
Amén.
Y que la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y
Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca
para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor al ayudar a aliviar
las cargas de los demás mediante el amor y la compasión.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

La fe se vuelve pesada cuando está impulsada
únicamente por la presión, las apariencias o el miedo.

Pero cuando se deja guiar por el Espíritu y está arraigada
en el amor, se convierte en fuente de vida, tanto para
nosotros como para los demás.

**15 de octubre de 2026 – Jueves de la 28.^a Semana del
Tiempo Ordinario (Santa Teresa de Jesús – Memoria)**
Ef 1,1-10; Lc 11,47-54

INTRODUCCIÓN

Un viajero llegó una noche tarde a un monasterio y llamó a la puerta buscando alojamiento. El portero abrió, le entregó una llave y le dijo en voz baja: «Ya tienes lo que necesitas». Después de unos momentos de duda, el viajero se dio cuenta de que la llave abría precisamente la puerta que tenía delante. Lo único que faltaba era el valor para entrar.

En el Evangelio de hoy, Jesús habla de la «llave de la ciencia». Aquellos a quienes se les había confiado estaban llamados a abrir el camino hacia Dios, pero en lugar de eso se convirtieron en obstáculos. La tragedia no fue la ignorancia, sino unos corazones cerrados que ya no escuchaban, no aprendían y no entraban más profundamente en la presencia de Dios.

Santa Teresa de Jesús nos enseña otro camino. Por medio de la oración y la humildad, descubrió que la vida

cristiana no consiste en tener todas las respuestas, sino en abrir una y otra vez la puerta del corazón a Cristo, que desea una amistad íntima con nosotros.

Al presentarnos hoy ante el Señor, preguntémonos con sinceridad: ¿hemos permitido que Cristo entre más profundamente en nuestra vida, o el orgullo, la indiferencia o el miedo han mantenido cerradas algunas puertas? Reconociendo nuestros pecados, preparémonos para celebrar estos sagrados misterios.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú estás a la puerta de nuestro corazón y esperas pacientemente que te recibamos:

Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú eres la verdadera llave que nos abre el camino hacia el Padre:

Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos llamas a convertirnos en puertas de fe y esperanza para los demás:

Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, nos perdone las veces en que hemos cerrado nuestro corazón a su gracia, hemos resistido su invitación a crecer o hemos desanimado a otros por nuestra falta de fe y de amor. Que él nos abra nuevamente a la amistad de Cristo, nos conduzca cada vez más profundamente a su vida y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que por medio de Santa Teresa de Jesús abriste el camino hacia una amistad más profunda con tu Hijo mediante la oración, la humildad y la confianza, concédenos no cerrar nunca nuestro corazón a tu gracia, sino seguir entrando cada día más plenamente en el misterio de Cristo, para que nuestra vida llegue a ser una puerta de fe para los demás.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un joven maestro observó que uno de sus alumnos más brillantes había dejado de participar en clase. Cuando le preguntó la razón, el muchacho respondió en voz baja: «Pensé que ya lo sabía todo... y entonces dejé de escuchar». Lo que había sido un don —su conocimiento— se convirtió en un obstáculo. Solo cuando reconoció que todavía tenía mucho que aprender comenzó nuevamente a crecer.

En el Evangelio de hoy, Jesús dirige palabras muy fuertes contra los doctores de la Ley, los expertos en las Escrituras. Ellos tenían conocimiento, influencia y autoridad. Poseían lo que Jesús llama la «llave de la ciencia». Sin embargo, en lugar de abrir puertas hacia Dios, las cerraban. «Ustedes no han entrado», les dice Jesús, «y han impedido entrar a los que querían hacerlo». Esto no es simplemente una crítica dirigida a un grupo del pasado; es una advertencia que resuena en todas las épocas. El conocimiento, incluso el conocimiento religioso, puede abrirnos a Dios o cerrarnos a él. Se vuelve

peligroso cuando conduce al orgullo, cuando pensamos que ya hemos llegado a la meta, cuando dejamos de escuchar, de buscar y de entrar más profundamente en el misterio de Dios.

San Pablo, en la carta a los Efesios, eleva nuestra mirada hacia algo mucho más grande: el plan de Dios de «recapitular todas las cosas en Cristo». Es una visión inmensa y hermosa: todo unido en Cristo. Pero ese gran plan comienza de manera muy personal: preguntándonos si Cristo es verdaderamente el centro, la «cabeza», de nuestra propia vida.

Aquí aparece el hilo conductor del mensaje de hoy: abrir la puerta a Cristo. Antes de ayudar a otros a entrar, nosotros mismos debemos entrar. Antes de compartir la llave, debemos utilizarla.

Santa Teresa de Jesús es una guía luminosa en este camino. A pesar de su gran inteligencia y de su profunda experiencia espiritual, siempre se acercó a Dios como una discípula, como una amiga que busca a un Amigo. Ella dijo célebremente que la oración es «tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos

ama». Eso requiere humildad: la disposición para dejarse enseñar, dejarse guiar y dejarse sorprender por Dios. Jesús alaba esa actitud de apertura cuando habla de hacerse como niños: no infantiles, sino semejantes a los niños; receptivos, confiados y deseosos de aprender. La tragedia de los doctores de la Ley no fue que supieran demasiado poco, sino que estaban tan seguros de sí mismos que no pudieron acoger lo que Dios estaba realizando en Jesús.

También nosotros influimos en los demás más de lo que imaginamos. Si estamos cerrados, indecisos o indiferentes, podemos desalentar sin querer a quienes buscan a Cristo. Pero si permanecemos abiertos, buscando sinceramente y esforzándonos por crecer, nos convertimos silenciosamente en puertas por las cuales otros pueden acercarse al Señor. Por eso la pregunta es sencilla, aunque no fácil: ¿estoy abriendo puertas o cerrándolas? ¿Sigo entrando, sigo aprendiendo, sigo permitiendo que Cristo sea el Señor de mi vida?

Un hombre visitó una vez un gran santuario y quedó impresionado por su belleza. Sin embargo, lo que más

permaneció en su memoria no fue la arquitectura, sino un anciano que rezaba silenciosamente ante el Santísimo Sacramento. Cuando más tarde habló con él, el hombre le dijo: «No entiendo todo acerca de Dios, pero sigo viniendo a su presencia, y de algún modo Él siempre me abre la puerta». Y quizá ahí está el corazón de todo: no en tener todas las respuestas, sino en estar dispuestos a entrar una y otra vez en la presencia de Cristo, que siempre está dispuesto a recibirnos.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que, al colocar estos dones sobre el altar, pongamos también ante el Señor cada rincón cerrado y oculto de nuestro corazón, pidiéndole que nos abra más plenamente a su presencia y nos convierta en instrumentos que conduzcan a otros hacia Cristo, para que mi sacrificio y el de ustedes sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Que estas ofrendas, Señor, sean agradables a tus ojos, y que, por el ejemplo de Santa Teresa, aprendamos a buscarte con corazones sinceros y humildes.

Así como el pan y el vino son transformados por tu poder, haz que también nosotros seamos renovados interiormente y abiertos más plenamente a la vida de Cristo. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, por Cristo, nuestro Señor.

Porque nunca dejas de llamar a tu pueblo a una comunión cada vez más profunda contigo. Por medio de tu Hijo nos abres la puerta de la misericordia, de la verdad y de la vida eterna, invitándonos no solo a conocerte, sino a entrar en amistad contigo.

En Santa Teresa de Jesús

diste a la Iglesia un ejemplo luminoso

de apertura orante y de humilde confianza.

Por sus palabras y su testimonio, muchos descubrieron
que el corazón permanece inquieto y vacío
cuando se cierra a tu gracia, pero encuentra paz y alegría
cuando recibe a Cristo en su interior.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles,
con los Tronos y las Dominaciones,
y con todos los coros celestiales,
cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar:

Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su
divina enseñanza, nos atrevemos a decir con la confianza
de hijos que saben que el Padre nunca cierra la puerta a
quienes lo buscan con sinceridad:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor,
y especialmente del orgullo y de la autosuficiencia
que cierran nuestro corazón a tu gracia.
Concédenos la paz en nuestros días,
para que, ayudados por tu misericordia,
vivamos siempre libres de pecado
y protegidos de toda perturbación,
mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú nunca dejas de invitarnos
a una amistad cada vez más profunda contigo.
No tengas en cuenta las veces
que hemos resistido tu gracia
o no hemos abierto el camino para otros,
sino mira la fe de tu Iglesia
y concédele, según tu voluntad, la paz y la unidad.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,
este es quien está a la puerta y llama.
Dichosos los invitados a la cena del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, tú sigues abriendo ante nosotros la puerta de tu presencia. No nos pides que lo comprendamos todo, sino que volvamos continuamente a ti con un corazón confiado.

Que esta Eucaristía profundice en nosotros la amistad que Santa Teresa apreciaba tan profundamente, para que Cristo llegue a ser verdaderamente el centro y el Señor de nuestra vida.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Concédenos, Señor Dios nuestro,
que, alimentados con estos santos misterios,
aprendamos, siguiendo el ejemplo de Santa Teresa,
a buscarte por encima de todas las cosas
y a permanecer siempre abiertos

a la presencia transformadora de Cristo.

Que nuestra vida llegue a ser un signo de esperanza y acogida para todos los que te buscan.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor abra más plenamente sus corazones a su presencia, les enseñe a caminar humildemente por sus caminos y los convierta en testigos fieles que conduzcan a otros hacia Cristo.

Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, ✠ Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, abriendo cada día la puerta de su corazón a Cristo y convirtiéndose para los demás en un camino que conduce hacia Él.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

«La fe no crece cuando pensamos que ya poseemos la llave, sino cuando seguimos abriendo la puerta a Cristo.»

**16 de octubre de 2026 – Viernes de la 28.^a Semana del
Tiempo Ordinario**

Ef 1,11–14; Lc 12,1–7

INTRODUCCIÓN

Se cuenta la historia de un niño que un día preguntó a su abuela: «¿De verdad Dios me ve?». La abuela sonrió, tomó una fotografía antigua entre sus manos y le dijo: «Cuando miro esta foto, recuerdo tu risa, tus lágrimas y tus primeros pasos. Yo te veo». Luego añadió suavemente: «Dios te ve mucho más que eso».

Muchas personas llevan silenciosamente esa misma pregunta en su corazón. En un mundo donde con frecuencia las personas se sienten ignoradas o valoradas solo por las apariencias, nos preguntamos si Dios conoce realmente los detalles de nuestra vida, nuestros temores ocultos y nuestras luchas silenciosas.

Santa Teresa de Jesús nos recuerda que Dios camina con nosotros incluso en los momentos ordinarios de la vida diaria. Nada es demasiado pequeño para su amorosa

atención. El Señor, que tiene contados hasta los cabellos de nuestra cabeza, nos conoce completamente y nos ama con fidelidad.

Al reunirnos para celebrar estos santos misterios, presentémonos con sinceridad ante Dios, pidiéndole perdón por las veces en que nos hemos escondido detrás de las apariencias, no hemos confiado en su cuidado amoroso o hemos vivido sin integridad de corazón. Reconozcamos ahora nuestros pecados.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú nos llamas a vivir con verdad delante del Padre y no detrás de máscaras: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú nos recuerdas que somos conocidos y amados en cada detalle de nuestra vida:
Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos liberas del miedo y nos enseñas a confiar en tu amoroso cuidado: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso, que mira nuestros corazones con misericordia y nos llama a caminar en la verdad y en la confianza, perdone nuestros pecados, sane nuestras heridas ocultas y nos conduzca a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que conoces a tus hijos más profundamente de lo que ellos mismos se conocen y nunca dejas de velar sobre ellos con amor, concédenos vivir delante de ti con corazones sinceros, confianza sin temor e integridad perseverante, para que, libres de toda hipocresía y de todo miedo, caminemos fielmente en la luz de tu verdad.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un hombre trabajaba en una gran oficina donde todo era supervisado: correos electrónicos, reuniones y rendimiento laboral. Siempre tenía mucho cuidado con lo que los

demás podían ver. Pero un día, durante una falla del sistema informático, se dio cuenta de que el trabajo que realmente importaba era el que realizaba cuando nadie lo observaba. Aquello cambió su vida. Comenzó a trabajar no para las apariencias, sino con verdadera integridad. En el Evangelio de hoy, Jesús habla directamente a ese espacio oculto que existe dentro de cada uno de nosotros. Nos advierte contra la hipocresía, es decir, contra la distancia entre lo que mostramos por fuera y lo que somos por dentro. Nos recuerda que todo lo escondido será revelado. No lo dice como una amenaza destinada a asustarnos, sino como una llamada a la autenticidad: a ser la misma persona en público y en privado, porque siempre vivimos bajo la mirada de Dios.

Es aquí donde Jesús introduce el tema del miedo. «No teman a los que matan el cuerpo», nos dice. Con frecuencia los temores humanos nos dominan: el miedo al juicio de los demás, al rechazo, a la pérdida. Estos temores pueden llevarnos a usar máscaras, a comprometer la verdad y a vivir una vida dividida. Pero

Jesús dirige nuestra mirada hacia algo más profundo: el único «temor» que realmente importa es el santo respeto y la reverencia ante Dios, el reconocimiento de que Él ocupa el lugar central en nuestra vida.

Sin embargo, inmediatamente Jesús equilibra esta enseñanza con algo todavía más poderoso: la confianza. «Ni un solo gorrión está olvidado delante de Dios... y aun los cabellos de su cabeza están todos contados». Este no es el lenguaje de un juez distante, sino el de un Padre amoroso que presta atención a cada detalle de nuestra existencia.

Aquí se encuentra el corazón del Evangelio: el Dios que lo ve todo es el Dios que ama íntimamente. Su mirada no es la de un acusador que espera nuestro fracaso, sino la de alguien que nos aprecia y nos valora profundamente. Si incluso el más pequeño de los pájaros es recordado, entonces ninguna de nuestras luchas, temores o heridas ocultas pasa desapercibida para Él.

Santa Teresa de Jesús vivió esta verdad de manera profunda. En su oración hablaba con Dios como con un

amigo cercano, compartiéndole no solo grandes experiencias espirituales, sino también las frustraciones y alegrías de cada día. Confiaba en que nada de su vida era demasiado pequeño para la atención de Dios. Esa confianza le dio una libertad extraordinaria: la libertad de ser auténtica, de ser sincera, de presentarse tal como era delante del Señor.

Y esta es también la invitación para nosotros hoy. Si creemos realmente que somos conocidos en cada detalle, ya no necesitamos escondernos. Podemos vivir con integridad, porque nuestro valor no depende de la aprobación humana. Podemos vivir con valentía, porque nuestra vida está en las manos de Dios. Y podemos vivir con confianza, porque nunca somos olvidados.

Hay otra historia acerca de una mujer que, después de años sintiéndose insignificante, comenzó cada mañana con una sencilla oración: «Señor, tú me ves». Con el paso del tiempo, algo cambió en ella. Se preocupaba menos por lo que los demás pensaban y prestaba más atención a la manera en que vivía. Más tarde dijo: «No fue que mi vida

se hiciera más grande; fue que comprendí que ya era vista y sostenida por Dios».

Esa es la transformación silenciosa que el Evangelio nos ofrece. Saber que somos vistos, conocidos y amados en cada detalle y, por eso, vivir no en el miedo, sino en la verdad y en la confianza delante de Dios.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que, confiando en la mirada amorosa de Dios que nos conoce plenamente, nuestro sacrificio y nuestra vida sean agradables a Dios Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, recibe estos dones que ponemos ante ti como signo de nuestro deseo de vivir con sinceridad en tu presencia. Purifica nuestros corazones de todo engaño y de todo miedo, y enséñanos a abandonarnos completamente a tu amoroso y fiel cuidado. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno. Porque conoces a cada uno de tus hijos por su nombre y velas sobre cada momento de nuestra vida con amor inagotable.

Tú ves más allá de las apariencias y nos llamas a caminar delante de ti con corazones sinceros y confianza firme. En tu Hijo, Jesucristo, nos has revelado que ni siquiera los gorriones son olvidados ante tus ojos y que toda vida humana es preciosa para ti.

Por medio de Él nos liberas del miedo, nos fortaleces en la Verdad y nos enseñas a vivir confiados en tu providencia. Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles, con los Tronos y las Dominaciones, y con todos los coros y potestades del cielo, cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar:

Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Confiando en el Padre que conoce nuestras necesidades antes de que se las pidamos y que nunca olvida a sus hijos, oremos con las palabras que nos enseñó nuestro Salvador.

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor, y especialmente de los temores que dividen nuestro corazón y nos impiden vivir en la verdad.

Concédenos la paz en nuestros días, para que, confiando siempre en tu amoroso cuidado, vivamos con valentía e integridad como hijos fieles tuyos, mientras esperamos la gloriosa Venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú enseñaste a tus discípulos a no vivir con miedo, sino a confiar en el amoroso cuidado del Padre. No tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia, y concédele, según tu voluntad, la paz y la unidad. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,
que nos conoce plenamente y nos ama sin medida.
Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, tú nos ves completamente: nuestras fortalezas, nuestros miedos y nuestras heridas ocultas, y aun así permaneces cerca de nosotros. En esta Eucaristía nos recuerdas que nunca somos olvidados. Enséñanos a vivir con sinceridad delante de ti, libres del miedo y seguros en tu amor. Que la serena certeza de ser conocidos por ti nos conceda cada día valentía, paz y confianza.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados con estos santos misterios, te damos gracias, Señor, por la seguridad de saber que siempre estamos sostenidos por tu amoroso cuidado. Concédenos que, fortalecidos por este sacramento, vivamos con integridad de corazón, libres del miedo y con una confianza cada vez más profunda en tu providencia. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor, que los conoce en cada detalle y los ama sin medida, los fortalezca en la verdad, los libere del miedo y los conserve siempre en su paz.

Y que la bendición de Dios todopoderoso, Padre, ✠ Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, viviendo con sinceridad delante de Dios y confiando siempre en su amoroso cuidado.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

El Dios que lo ve todo no está esperando condenarnos, sino deseando abrazarnos con su amor. Porque somos plenamente conocidos por Él, ya no necesitamos vivir con miedo ni detrás de máscaras; podemos caminar cada día en la verdad, la valentía y la confianza.

17 de octubre de 2026 – Sábado de la 28.^a Semana del Tiempo Ordinario (San Ignacio de Antioquía – Memoria)

Ef 1,15–23; Lc 12,8–12

Una fe que es personal, pero nunca privada

INTRODUCCIÓN

Una joven maestra contó una vez un momento vivido en su aula cuando un estudiante le preguntó directamente: «Señorita, ¿usted cree en Dios?». Ella dudó. Sabía que responder con sinceridad podría provocar preguntas e incluso críticas. Durante unos segundos, el salón pareció hacerse muy pequeño. Entonces simplemente respondió: «Sí, creo». Más tarde confesó que lo más difícil no había sido la pregunta en sí, sino vencer su propio miedo.

Muchos de nosotros comprendemos esa vacilación. Con frecuencia, la fe parece más segura cuando permanece privada, llevada silenciosamente en el corazón, pero rara vez expresada en voz alta. Podemos temer ser malinterpretados, rechazados o simplemente destacar entre los demás.

Sin embargo, el Evangelio de hoy nos recuerda que la fe nunca está destinada a permanecer oculta. Jesús nos llama a reconocerlo delante de los demás, confiando en que el Espíritu Santo nos dará valentía y sabiduría cuando llegue el momento. San Ignacio de Antioquía dio testimonio de esta verdad con admirable valentía, permaneciendo fiel incluso en el camino hacia el martirio. Al reunirnos ante el Señor, reconozcamos las veces en que el miedo, la vacilación o el silencio nos han impedido dar testimonio de Cristo. Con corazones humildes, pidamos a Dios su misericordia y la valentía para vivir nuestra fe de manera abierta y fiel.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú nos llamas a salir del miedo y nos invitas a dar testimonio de ti con valentía: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú envías al Espíritu Santo para guiarnos cuando no sabemos qué decir: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú reconoces ante el Padre a quienes permanecen fieles a ti: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso nos fortalezca cuando tengamos miedo, nos perdone por las veces en que hemos ocultado nuestra fe y nos llene de la valentía del Espíritu Santo, y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que fortaleciste a san Ignacio de Antioquía para dar un valiente testimonio de Cristo incluso hasta la muerte, concede que tu pueblo, guiado por el Espíritu Santo, reconozca abiertamente a tu Hijo con palabras y obras y permanezca firme en la fe en medio de las presiones de este mundo.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un médico relató una vez que durante años llevaba una pequeña Biblia en el cajón de su escritorio. La leía durante sus descansos y encontraba en ella fortaleza para afrontar

las exigencias de su profesión. Sin embargo, rara vez hablaba de su fe. Un día, una enfermera que atravesaba una situación familiar muy difícil le preguntó: «¿Cómo logra mantener la calma en medio de tanta presión?». Aquella pregunta abrió una puerta inesperada. Él habló de la esperanza que encontraba en Dios, y aquella conversación se convirtió en una fuente de consuelo para ambos. Comprendió entonces que una fe sincera también está llamada a convertirse en testimonio.

En el Evangelio de hoy, Jesús habla directamente de esa tensión que todos experimentamos. Él sabe lo difícil que puede ser reconocerlo públicamente. Habla de ser llevados ante autoridades, de afrontar oposición, de encontrarse en situaciones donde la fe no es bienvenida. Sus palabras son realistas; no pretende hacernos creer que el discipulado sea fácil.

Sin embargo, también son profundamente alentadoras. «A todo aquel que me reconozca delante de los hombres, también el Hijo del Hombre lo reconocerá delante de los ángeles de Dios». Hay aquí una profunda reciprocidad.

Nuestra disposición a permanecer junto a Cristo ahora encuentra respuesta en su promesa de permanecer junto a nosotros para siempre. Lo que arriesgamos en el tiempo es acogido en la eternidad.

Pero Jesús va más allá. No solo nos manda ser valientes; también nos promete ayuda. «El Espíritu Santo les enseñará en aquel momento lo que deben decir». Esto es fundamental. Dar testimonio de la fe no consiste en tener siempre las palabras perfectas o argumentos brillantes. Consiste en estar disponibles, permitiendo que el Espíritu hable por medio de nosotros en momentos para los que nunca podremos prepararnos completamente.

San Ignacio de Antioquía vivió este Evangelio con una claridad impresionante. Durante su viaje a Roma, sabiendo que le esperaba el martirio, no se refugió en el silencio. Por el contrario, escribió cartas llenas de convicción, exhortando a los cristianos a permanecer firmes en Cristo. Para Ignacio, la fe era profundamente personal, pero nunca privada. Su vida se convirtió en un testimonio público, incluso cuando ello lo condujo al

sufrimiento.

Quizás nosotros no enfrentemos el martirio, pero sí afrontamos formas más silenciosas de presión: la expectativa sutil de mantener la fe fuera de las conversaciones, de pasar desapercibidos, de evitar diferenciarnos. Es fácil convertirse, como sugiere el Evangelio, en discípulos invisibles. Sin embargo, Jesús precisamente nos llama a salir de esa invisibilidad. Nuestra fe es ciertamente personal. Moldea nuestra conciencia, nuestras relaciones y nuestras decisiones. Pero si Cristo vive verdaderamente en nosotros, como dice san Pablo, entonces esa vida se hará visible de manera natural. No de forma ruidosa o agresiva, sino mediante un testimonio constante y auténtico: a través de nuestras palabras, nuestras decisiones, nuestra compasión y, a veces, mediante una respuesta sencilla y sincera.

La clave es la confianza. Cuando llegue el momento, no estaremos solos. El mismo Espíritu que fortaleció a los apóstoles y sostuvo a Ignacio en sus pruebas nos ha sido

dado también a nosotros. Con frecuencia, la palabra adecuada no llega antes del momento, sino dentro de él. La valentía crece no en la teoría, sino en la práctica. Por eso, quizá la pregunta para nosotros hoy sea sencilla: ¿en qué aspecto me está invitando el Señor a reconocer a Cristo más abiertamente? Tal vez no sea algo extraordinario. Puede tratarse de una conversación, una decisión o una postura tranquila pero clara. Estos pequeños actos de testimonio son los lugares donde la fe pasa de ser un consuelo privado a convertirse en una verdad vivida.

Una mujer comentó una vez que el punto decisivo de su camino de fe no surgió de una predicación, sino de una amiga que, al preguntarle de dónde sacaba su fortaleza, respondió simplemente: «Confío en Dios». No lo dijo para impresionar a nadie ni en voz alta; lo dijo con sinceridad. Ese sencillo testimonio permaneció en su corazón y, con el tiempo, la condujo de nuevo a la fe. A veces, reconocer a Cristo puede ser tan sencillo y tan poderoso como eso.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que nuestro sacrificio, ofrecido con corazones confiados y con una fe dispuesta a dar testimonio de Cristo ante los demás, sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, recibe estos dones que presentamos sobre tu altar y, por medio de esta ofrenda sagrada, fortalécenos con la gracia del Espíritu Santo, para que nuestra fe no se viva solamente en el interior de nuestros corazones, sino también mediante palabras valientes y acciones fieles. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque nunca abandonas a tu pueblo en su debilidad, sino que, mediante el don del Espíritu Santo, fortaleces a todos los que ponen su confianza en ti. En cada época suscitas testigos del Evangelio, hombres y mujeres cuya serena valentía revela la presencia viva de Cristo en el mundo. En san Ignacio de Antioquía diste a la Iglesia un pastor fiel y un mártir intrépido, que proclamó con su propia vida que la fe en tu Hijo nunca puede permanecer oculta. Incluso en medio del sufrimiento y la incertidumbre, confió en tu promesa y se convirtió en signo de esperanza y de amor perseverante. Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles, con los Tronos y las Dominaciones, y con todos los coros y potestades del cielo, cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar: ***Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo...***

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Jesús nos enseña a no tener miedo de reconocerlo delante de los demás, porque nunca somos abandonados por el Padre. Confiados en ese amor, oremos ahora con las palabras que nuestro Salvador nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor, y concédenos la paz en nuestros días, para que, fortalecidos por la valentía del Espíritu Santo, nunca nos avergoncemos de dar testimonio de tu Hijo, sino que vivamos fiel y confiadamente en su verdad mientras esperamos la feliz esperanza y la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú fortaleciste a tus discípulos en los momentos de miedo y les prometiste la guía del Espíritu Santo. No mires nuestras vacilaciones y debilidades, sino la fe de tu Iglesia, y concédele bondadosamente la paz y la unidad de acuerdo con tu voluntad.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Éste es el Cordero de Dios,
que fortalece a todos los que confían en él
y nos llama a dar testimonio de su amor ante el mundo.
Dichosos los invitados a la cena del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

La fe suele crecer silenciosamente dentro del corazón, pero Cristo nunca pretende que permanezca escondida allí. Alimentados ahora con su Cuerpo y su Sangre, somos enviados al mundo como testigos, no solo mediante grandes gestos, sino también por medio de la sinceridad, la compasión, la valentía y la confianza. El Espíritu Santo que fortaleció a los apóstoles y a los mártires también nos fortalece a nosotros. Incluso una palabra sencilla pronunciada con fe puede convertirse en una puerta a través de la cual otra persona llegue a encontrarse con Dios.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que el don celestial que hemos recibido, Señor,
fortalezca nuestros corazones en la fe
y nos convierta en valientes testigos de tu Hijo,
para que, guiados por el Espíritu Santo,
proclamemos a Cristo no solamente con nuestros labios,
sino también mediante el testimonio de nuestra vida
cotidiana. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor los fortalezca con la valentía del Espíritu
Santo, para que puedan reconocer a Cristo con confianza
y alegría en su vida diaria. Amén.

Que los libre del miedo y de la vacilación,
y haga de sus palabras y acciones un fiel testimonio de su
amor. Amén.

Y que la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con la valentía y el
testimonio de sus vidas.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

La fe se vuelve verdaderamente viva cuando pasa de una
creencia silenciosa a un testimonio visible. Con frecuencia,
el testimonio más poderoso no es algo extraordinario, sino
algo sencillo y sincero: una palabra de esperanza, una
respuesta honesta, una acción compasiva o una postura
tranquila en favor de lo que es correcto. El Espíritu Santo
no nos pide que estemos libres de miedo antes de hablar;
solo nos pide que confiemos en Dios en el momento
oportuno.